

DOLORAS

CUARTA PARTE



LXXX

LOS DOS MIEDOS

Al comenzar la noche de aquel día,  
ella, lejos de mí,  
—¿Por qué te acercas tanto?— me decía;  
— ¡Tengo miedo de tí! —

Y después que la noche hubo pasado,  
dijo, cerca de mí:  
—¿Por qué te alejas tanto de mi lado?  
¡Tengo miedo sin tí!—

LXXXI

LA VUELTA AL HOGAR

I

Después de un viaje por mar,  
volviendo hacia su alquería,  
oye Juan con alegría  
las campanas del lugar.

II

Llega, y maldice lo incierto  
de las venturas humanas,  
al saber que las campanas  
tocan por su padre á muerto.

LXXXII

Á REY MUERTO REY PUESTO

*El principio de toda tentación  
es no ser uno constante...*

(KEMPIS, lib. I, cap. XII.)

Murió por tí; su entierro al otro día  
pasar desde el balcón juntos miramos;  
y espantados tal vez de tu falsía  
en tu alcoba los dos nos refugiamos.

Cerrabas con terror los ojos bellos.  
El *requiescat* se oía. Al verte triste,  
yo la trenza besé de tus cabellos,  
y— ¡traición! ¡sacrilegio! — me dijiste.

Seguía el *de profundis* y gemimos...  
El muerto y el terror fueron pasando...  
Y al ver luego la luz, cuando salimos,  
— ¡Qué vergüenza! — exclamaste suspirando.  
Decías la verdad. ¡Aquel entierro!...  
¡El beso aquel sobre la negra trenza!...  
Después ¡la oscuridad de aquel encierro!...  
¡Sacrilegio! ¡Traición! ¡Miedo! ¡Vergüenza!

DOLORAS

281

LXXXIII

HASTÍO

Sin el amor que encanta,  
la soledad de un ermitaño espanta.  
¡Pero es más espantosa todavía  
la soledad de dos en compañía!

LXXXIV

LAS DOS COPAS

Le dijo á Rosa un doctor:  
— «Se curan de un modo igual  
las dolencias en amor,  
en higiene y en moral.  
»Yo, aunque el método condene,  
lo dulce en lo amargo escondo:  
esta copa es la que tiene  
dulce el borde, amargo el fondo.  
»Y por si quiere esa boca  
cumplir una vez mi encargo,  
tiene esta segunda copa  
dulce el fondo, el borde amargo.

»Dios, sin duda, así lo quiso,  
y esto siempre ha sido y es:  
tomar lo amargo es preciso,  
bien antes ó bien después.»

II

Rosa luego, de ansia llena,  
dice en su amoroso afán:  
— «Mezclados, cual dicha y pena,  
lo dulce y lo amargo van.

»Merced á doctor tan sabio,  
ve, aunque tarde, mi razón,  
que aquello que es dulce al labio  
es amargo al corazón.

»Yo, que hasta el postrer retoño  
agosté en mi edad primera,  
brotar no veré en mi otoño  
flores de mi primavera.

»Fuí dejando, por mejor,  
lo amargo para el final,  
y esto, según el doctor,  
sabe bien, mas sienta mal.

»Cumpliré una vez su encargo:  
tú, copa segunda, ven,  
pues tomar antes lo amargo,  
si sabe mal, sienta bien.

»¡Oh, cuán sabio es el doctor  
que cura de un modo igual  
las dolencias en amor,  
en higiene y en moral!»

LXXXV

MAL DE MUCHAS

¿Qué mal, doctor, la arrebató á la vida?  
Rosaura preguntó con desconsuelo.  
— Murió, dijo el doctor, de una caída.  
— Pues ¿de dónde cayó? — Cayó del cielo.

LXXXVI

BODAS CELESTES

Te ví una sola vez, sólo un momento;  
mas lo que hace la brisa con las palmas  
lo hace en nosotros dos el pensamiento;  
y así son, aunque ausentes, nuestras almas  
dos palmeras casadas por el viento.

LXXXVII

LAS DOS ESPOSAS

Sor Luz, viendo á Rosaura cierto día  
casándose con Blas,  
— ¡Oh, qué esposo tan bello! se decía,  
¡pero el mío lo es más! —  
Luego en la esposa del mortal miraba  
la risa del amor,  
y, sin poderlo remediar, ¡lloraba  
la esposa del Señor!

LXXXVIII

CONVERSIONES

Brotó un día en Rosaura el sentimiento  
de su primer amor, y en el momento  
volando un ángel, con fervor divino,  
para guiarla al bien del cielo vino,  
mientras un diablo del infierno, ardiendo,  
para arrastrarla al mal, llegó corriendo.

Ante Rosaura bella,  
ángel y diablo, enamorados de ella,  
divinizado el diablo se hizo bueno,  
y el ángel se impregnó de amor terreno;  
y al ser transfigurados de este modo,  
por voluntad del que lo puede todo,  
fué el ángel al infierno condenado,  
y el diablo al cielo fué purificado.  
¿De qué gracia y malicia estará llena  
mujer que con mirar salva ó condena?

## LXXXIX

## MEMORIAS DE UN SACRISTÁN

## I

Dos de abril.—Un bautizo.—¡Hermoso día!  
El nacido es mujer, sea en buen hora.  
Le pusieron por nombre Rosalía.  
La niña es, cual su madre, encantadora.  
Ya el agua del Jordán su sien rocía;  
todos se ríen, y la niña llora.  
Cruza un hombre embozado el presbiterio;  
mira, gime y se aleja: aquí hay misterio.

## II

A unirse vienen dos de amor perdidos.  
El novio es muy galán, la novia es bella.  
¿Serán en alma como en cuerpo unidos?  
Testigos, primas de él y primos de ella.  
En nombre del Señor son bendecidos.  
Unce el yugo al doncel y á la doncella.  
Dejan el templo, y al salir se arrima  
un primo á la mujer, y él á una prima.

## III

¡Un entierro! ¡Dichosa criatura!  
¿Fué muerto, ó se murió? Todo es incierto.  
Solos estamos sacristán y cura.  
¡Cuán pocos cortesanos tiene un muerto!  
Nacer para morir es gran locura.  
Suenan las diez: La iglesia es un desierto.  
Dejo al muerto esta luz, y echo la llave.  
Nacer, amar, morir: después... ¡quién sabe!

## XC

## EL ANÓNIMO

Sobre la tumba de ella escribió un día:  
—¡Por darte vida á tí, me mataría!—  
Y al otro día, por autor incierto,  
con lápiz al final se vió añadido:  
—Si ella hubiese vivido,  
ya de hastío tal vez la hubieras muerto.—

## XCI

## NUEVO TÁNTALO

Hay un rincón maldito en el infierno  
desde el que, en vaga y celestial penumbra,  
para aumentar el sufrimiento eterno,  
otro rincón del cielo se columbra.  
¿Por qué de mi alma el tenebroso invierno  
la hermosa luz de tu semblante alumbra,  
si es mirarse en tus ojos retratado  
hacerle ver el cielo á un condenado?

## XCII

## EL ALMEZ

## I

Junto á este mismo almez, á *Rosa* un día  
hice votos de amarla eternamente.  
Se está oyendo en el aire todavía  
de mi acento el rumor.  
¿Por qué siento, mis votos olvidados,  
esclavo de otra fe, nuevos ardores?  
Pasa el tiempo de amar y ser amados,  
mas no pasa el amor.

## II

Otro día, á *Rosaura* encantadora  
al pie del mismo almez juré lo mismo,  
y recuerdo que, entonces, como ahora,  
cantaba un ruiñeñor.  
Pasó el tiempo, y los nuevos ruiñeñores  
vinieron á cantar á otra hermosura:  
porque se van amados y amadores,  
pero queda el amor.

## III

Después, al pie de este árbol, he sentido,  
extático mirando á *Rosalía*,  
momentos de emoción, en que he perdido  
para siempre el color.  
¡Ay! ¿Pasarán, como pasaron antes,  
si no el amor, las almas que lo sienten?  
¡Sí! ¡que es siempre, siendo otros los amantes,  
uno mismo el amor!

## IV

Almez, á cuyo pie tanto he adorado;  
de amores, que aun vendrán, altar querido;  
que enciendes, recordando mi pasado,  
de mi sangre el ardor...  
Tú morirás, cual muere nuestra llama,  
y otro árbol nacerá de tu semilla,  
porque, aunque es tan fugaz todo lo que ama,  
es eterno el amor.

## V

Y cuando el mundo al fin sea extinguido  
y se oiga en las regiones estrelladas  
del orbe entero el último crujido  
en inmenso fragor,  
Dios de nuevo la nada bendiciendo,  
de ella hará otros almeces y otros mundos,  
é irá un hervor universal diciendo:  
—¡Amor! ¡amor! ¡amor!...—

## XCIII

## ¡ASÍ!

## I

—Mira hacia allá. Tu eléctrica mirada  
¿por qué se clava con ardor en mí?  
¡Es mi pecho un volcán! ¡muero abrasada!  
¡No me mires así!—

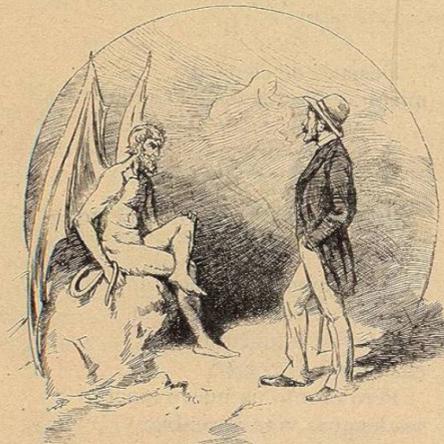
## II

—Mira hacia acá. Tus ojos inconstantes  
ya no se clavan con ardor en mí;  
si he de vivir, mírame *así*... como antes...  
Fíjate bien: *¡así!*—

## XCIV

## EL ALMA EN VENTA

Así con Satanás Julio habló un día:  
—¿Quieres comprarme el alma?— Vale poco.  
—Tan sólo por un beso la daría.



—Antiguo pecador, ¿te has vuelto loco?  
—¿La compras?— No.— ¿Por qué?— Porque  
(ya es mía.)

## XCV

## EL OJO DE LA LLAVE

*No te ocupes en cosas ajenas,  
ni te entremetas en las cosas de  
los mayores.*

(KEMPIS, lib. 1, cap. XXI.)

## I

## Á LOS QUINCE AÑOS

Dos hablan dentro muy quedo;  
Rosa, que á espiar comienza,

oye lo que le da miedo,  
ve lo que le da vergüenza.  
Pues, ¿qué hará que así le espanta  
su amiga á quien cree una santa?  
No sé qué le da sonrojo,  
mas... debe ver algo grave  
por el ojo,  
por el ojo de la llave.

El corazón se le salta  
cuando oye hablar, y después  
mira... mira... y casi falta  
la tierra bajo sus pies.  
¡Ay! si ya á vuestra inocencia  
no desfloró la experiencia,  
no miréis por el anteojo  
del rayo de luz que cabe  
por el ojo,  
por el ojo de la llave.

Desde que á mirar empieza,  
de un volcán la ebullición  
sube á encender su cabeza,  
va á inflamar su corazón.  
Claro; el ser que piensa y siente,  
siempre, cual ella, en la frente,  
tendrá del pudor el rojo  
cuando de mirar acabe  
por el ojo,  
por el ojo de la llave.

De aquel anteojo á merced  
mira más... y más... y más...  
y luego siente esa sed  
que no se apaga jamás.  
Mas, ¿qué ve tras de la puerta  
que tanto su sed despierta?  
¿Qué? Que á pesar del cerrojo,  
ve de la vida la clave  
por el ojo,  
por el ojo de la llave.

Haciendo al peligro cara,  
ve caer su ingenuidad  
la barrera que separa  
la ilusión de la verdad.  
Pero ¿qué ha visto, señor?  
Yo sólo diré al lector  
que no hallará más que enojo  
todo el que la vista clave  
por el ojo,  
por el ojo de la llave.

Siguen sus ojos mirando  
que habla un hombre á una mujer,